

JIANG QING, VIUDA DE MAO¹ *Una furia hecha de gritos**

Hercilia López
Universidad Central de Venezuela

Resumen

En este trabajo se intenta develar el perfil de un personaje femenino fundamental en la historia del siglo XX, lleno de atractivos de todo tipo, sugerente y atormentante, heroico y vil, pero, sobre todo, humano, que tiene una enorme significación tanto para el estudio del periodo histórico que va del triunfo de la Revolución China hasta la muerte de Mao Zedong (su líder máximo), como para el análisis de una personalidad que, atormentada por el poder y la venganza, concluye su vida destruida y de forma trágica.

Palabras clave: Personalidad. Miseria. Tormento. Venganza. Poder. Revolución.

JIANG QING, WIDOW OF MAO *A Fury made of Cries*

Abstract

In this paper is attempted to reveal the profile of a fundamental feminine personage in the history of the XX century, being the same full of all type of charms, suggesting and anxious, heroic and vile, but, above all human, that have a very great meaning both in the study of the historical period starting with the victory of the China Revolution and until the death of Mao Zedong

¹Ponencia pronunciada en el Ciclo de Charlas La Mujer en la Historia que coordina el **Grupo Investigador Logos: Filosofía Derecho y Sociedad**. Centro de Investigaciones Jurídicas. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas. Universidad de los Andes.

* El presente texto fue escrito en septiembre de 1986 como trabajo final del Seminario Crítica e Investigación Literaria que dictó el psicoanalista y escritor Rafael Cordero en Caracas, en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela y revisado en septiembre de 1996 después de un injustificado pero sano olvido de 10 años.

(its principal leader), as well as the analysis of a personality that tormented by the power and the revenge, concludes her life destroyed and in a tragic way.

Key Words: Personality. Misery. Torment. Revenge. Power. Revolution

En 1981 fue editado en Francia, por la editorial Agency Star, el libro “L’Emperatrice Rouge”, escrito por la periodista francesa François d’Eaubonne. Su versión en español fue publicada por Editorial Bruguera en 1982. La lectura de esta versión fue el motivo mayor para escribir este trabajo el cual intenta acercarse a un personaje femenino fundamental en la historia del siglo XX, lleno de atractivos de todo tipo sugerente y atormentante, heroico y vil, pero, sobre todo, humano, que tiene una enorme significación tanto en el estudio del periodo histórico, que va del triunfo de la Revolución China hasta la muerte de Mao Zedong, su líder máximo, como en el análisis de una personalidad que atormentada por el poder y la venganza concluye su vida destruida y de forma trágica.

Los diez años transcurridos desde la escritura de este texto han sido válidos para una nueva mirada sobre él y para observar la historia reciente de la China post Mao Zedong, época que concluye con el juicio en 1981 de la famosa Banda de los Cuatro y con la condena a muerte de Jiang Qing, viuda de Mao. Esta sentencia a muerte fue conmutada por prisión perpetua en 1983 y por arresto domiciliario en 1989.

En Mayo de 1991 Jiang Qing, de 77 años, se suicida, cometiendo su última acto de rebelión. Un breve aviso fúnebre en la última página de la prensa oficial de Beijing, anunció su muerte y mostró con ello la decisión del gobierno chino de “borrarla de la historia”. Su participación directa entre 1962 y 1976 en la concepción y puesta en práctica de la siniestra Revolución Cultural, le hicieron ganar a Jiang Qing el repudio, el odio y el inmenso terror del pueblo chino, hasta hoy atormentado por los recuerdos que dejó en la memoria ese periodo tan cruel y bochornoso de su historia del cual fue Jiang Qing, entre otros, fue ideóloga y ejecutante.

1. El personaje

Después de muerto Mao Zedong, artífice y responsable de una de las revoluciones más completas y grandes que ha dado la historia de la humanidad, no sólo concluye una etapa de cambios profundos en la República China sino que se inicia un proceso interno de ajustes socio-económicos que reflejan la transformación protagonizada por la sociedad china gracias a la guerra librada por el pueblo chino y sus líderes desde los años 20 hasta el triunfo de la Revolución en 1949. A esta guerra de tantos años se fueron uniendo al Ejército Rojo miles de chinos. Dejando toda su vida atrás, se comprometieron con Mao a sacar a China del atrasado feudalismo causante de su miseria y humillación. Entre esa multitud de hombres y mujeres valientes, se encontraba Lang Ping, Manzana Azul, joven actriz de teatro, liberal y arriesgada, quien sería en un futuro la tercera esposa de Mao Zedong, el Dragón Rojo del Imperio Chino y una de las personalidades más influyentes en la esfera política de la revolución china.

Si bien este trabajo está basado en la personalidad de Jiang Qing y, por consiguiente, la atención recaerá sobre ella, es necesario reconocer la importancia del contexto histórico dentro del cual este personaje vivió y los procesos sociales tan profundos que sufrió China en este siglo, generadores de uno de los cambios políticos más relevantes en la historia de una nación. El concepto de la Nueva China es contundente y rigurosamente verdadero y el chino de hoy puede dar muestra de ello.

Para hablar de Jiang Qing debemos inevitablemente tomar en cuenta las transformaciones de todo orden que su sociedad ha sufrido, aún a pesar de la incomprensible lentitud con que actualmente avanza en lo político.

Intento entrar en algunas consideraciones psicológicas sobre la personalidad de Jiang Qing tomando como marco de referencia y análisis el texto en español de “La Emperatriz Roja” de d’Eaubonne.

En 1980 François d’Eaubonne, periodista francesa en Beijing, logra un permiso del gobierno chino para hacer llegar un grabador y varias cintas a

Jiang Qing, prisionera desde 1976 (año de la muerte de Mao), por traición a la patria, para que, en la soledad de su celda, relate los hechos más resaltantes de su vida personal y política.

Las fechas de estas grabaciones son de noviembre y diciembre de 1980, las cuales coinciden con el periodo de espera que se dio el tribunal de justicia chino para dictar sentencia sobre Jiang Qing y su “Banda de los Cuatro”. El 25 de enero de 1981, luego de un histórico juicio donde la viuda del presidente Mao adoptó siempre una actitud desafiante, gritando a jueces, fiscales y testigos, Jiang Qing es acusada de crímenes a la patria y sentenciada a muerte. Su relato es pues narrado mientras esperaba el veredicto.

*“Que tengan cuidado! Aprieto las mandíbulas y esta celda se convierte en gruta de loba.
Fui, soy, ser de deseo...” (p.38).*

En *La Emperatriz Roja* se lee la interpretación que hace Jiang Qing de su propia vida y de los acontecimientos históricos que le tocó vivir. Ella cuenta las experiencias personales que marcaron su carácter y decidieron su violenta forma de enfrentar la vida. El relato, ordenado y transcrito por la periodista, logra mantener bastante clara la forma de literatura oral de la que hizo uso Jiang Qing. Asombra, como lo hace toda realización china, por la diferente lógica, las distintas imágenes y entendimiento de las cosas que los chinos tienen con respecto a nosotros, el mundo occidental. El libro es un testimonio impresionante sobre una personalidad enferma de venganza y ávida del poder necesario para consumarla. Es, sobre todo, un manifiesto —en boca de una mujer y su especial patología— de la profunda fuerza expresiva del pensamiento chino y su cultura, y de la complejidad histórica de esta milenaria sociedad que entra al siglo XX como La Nueva China.

Intentamos entrar en algunas consideraciones psicológicas de la personalidad de Jiang Qing en la creencia de que siempre la psique de una persona ofrece variada y suficiente información a través de su discurso. En este caso, al narrar su historia, Jiang Qing se convierte en un recipiente lleno de

ricos símbolos e imágenes que nos conectan con su inconsciente y que abren paso a la manifestación de una patología individual. De sus propias metáforas, de sus propios principios morales e ideológicos, tomamos el enorme material que nos ofrece para tratar de entender su extremista actuación dentro de la escena política china.

No ha sido más que nuestra intuición la que nos ha llevado a escoger el atropellante testimonio de esta mujer que manifiesta “lo femenino” en forma tan peligrosa, destructiva y vengativa. Estamos conscientes de la importancia que tiene la mujer como regeneradora y reorientadora de los destinos de la existencia humana y entendemos también que las mujeres libramos una batalla interior, y cada día más pública, para transformar la imagen de inferioridad, sumisión y dependencia que nos ha legado la historia —y que siempre nos ha acompañado voluntaria o involuntariamente— por una nueva y refrescante visión que nos devuelva nuestra dignidad y nos reconozca como presencia activa e indispensable en los procesos de todo orden que vive la humanidad en la actualidad. Pero, debemos reconocer que Jiang Qing es un extremo de lo femenino. Ella nos recuerda el peligro del tan obsesivo fundamentalismo, el riesgo de llegar a volvernos locas y crueles en ese cambio que pedimos que haga la humanidad con respecto a la mujer.

La extremista Jiang Qing es una luz de alarma, una llamada a la prudencia, a la conciencia y a la reflexión. Plantea el conflicto y su contradicción, la claridad y la oscuridad que se mueven por dentro. Es la venganza de lo femenino vengando la injusticia masculina de los siglos, la venganza femenina usando las mismas armas con la que han sido ultrajados su espacio vital, su sensibilidad y su inteligencia. Es, al mismo tiempo, el deseo y el miedo de la libertad, el rechazo y el apego a la sumisión. Porque Jiang Qing responde a la rabia de sentirse manipulada, desplazada, violentada, desarmada con una «*furia que (la) castiga y (la) castra*» .

2. La celda (Prisión)

“Alzo la cabeza. Aquí está... aquí están las ruedas del carro de mi destino”.

Jiang Qing tuvo la ambición de ser emperatriz de China. En sus últimos años, sin corona ni emperador, sin súbditos, vivió atrapada por una prisión próxima a la “Ciudad Prohibida” (Ciudad Imperial). Su vida de prisionera fue el más real testimonio de una verdad cercana que tambaleó al más grande, antiguo y poblado estado de la tierra. Dice Octavio Paz en *Tiempo Nublado* (Seis Barral, pág. 114), que China es China desde hace tres mil años y que jamás —en ese tiempo— ha dejado de ser un estado. La osadía de Jiang Qing no sólo fue grande y exuberante sino también histórica (la historia de China es larga, compleja, y las mujeres han tenido subterránea y públicamente un rol muy importante dentro de ella):

“Tenemos nuestras amazonas, ya en el pasado rechazaron el veredicto y fueron cantadas por los más célebres poetas”
(p.12).

Pero desde 1976, año de su detención, Jiang Qing espera su muerte y la desea próxima. El destino le ha impuesto su condena: cadena perpetua por pena de muerte. Desde ese cuadrado, limpio y vacío, “mi buena celda”, ha dicho (p. 205), encuentra día a día una mayor tranquilidad. Cuida de su celda como si fuera el único lugar que posee en el mundo, allí dentro se siente protegida y por eso descansa como jamás antes lo había hecho. La “vieja mujer sabia” puede acudir por vez primera en su ayuda y Jiang Qing, la deja estar con ella para recibir sus consejos con paciencia y atención. Su cuerpo, que había sido golpeado desde su niñez, encuentra en la prisión todo el tiempo para recuperarse y comenzar a dar muestras de salud. La frustrada emperatriz lo ayuda con ejercicios matutinos de Tai-ch'í-chuan y con la dieta de arroz, soya y té, a la que estaba obligada en prisión. Supera de este insólito modo sus enfermedades de infancia y juventud y es posible que allí, a los 66 años, haya vuelto al placer por Hollywood y Greta Garbo y sustituido a la Reina Cristina de Suecia por María Estuardo de Escocia, interpretada por Vanessa Redgrave. De esta manera se identifica con la reina escocesa prisionera en la torre.

La rueda incansable que acorrala a Jiang Qing se ha detenido y sólo seguirá rodando dentro de ella, con paciencia y sin ninguna prisa. El mundo ha

dejado de aprisionarla, y atrapada en su celda, sus deseos de liberación han terminado. Todo comienza a suavizarse poco a poco y de otro modo en ella. El pasado, que ha perdido para Jiang Qing toda certeza y validez, comparte la fragilidad del presente que ahora vive en ella como lo único real y verdadero, aunque lo sea sólo para sí misma. Enclaustrada y solitaria, siente el tiempo pasar en su diminuta y fría celda que la mantiene alejada de Pekín, “La Paz Celeste”.

Pienso en ella desde mí. Imagino a mi emperatriz sin reino, anulada y encerrada. ¿Qué pasó? ¿Cómo lograr entender que una personalidad tan fuerte y decidida como la suya, con tanta pasión por el poder, se derrumbe una vez alcanzado el éxito? ¿Qué éxito? ¿Qué arrebató del deseo o cuál convicción oculta le otorgó la razón y la poseyó para convertirla en la furia vengadora, castigadora y juez de su propio pueblo? ¿Qué vengaba y por qué castigaba?. “Nada es culpa mía, nada” (p. 248). Pero, ¿culpa de quién, Jiang Qing? ¿de qué? Aún en su celda infinita, vacía y laberíntica, defiende su condición de mujer, denuncia su sumisión histórica y nos recuerda aquello que hace que las culpas recaigan sobre ella y no sobre “él”:

“En este país patriarcal, mi hendidura sexual fue la grieta de mi coraza” (p.38).

Para los chinos, es más simple: hay mujeres buenas y malas, y Jiang Qing era una mujer mala (puede verse en Ross Terrilí, Madame Mao. J. Vergara Editor, Buenos Aires, 1984, p. 10).

Y es que entre el Emperador y la Emperatriz lo normal es que si se trata de culpas estas recaigan sobre ella, quizás porque, como lo descubrió Freud en sus pacientes “las mujeres se consideran perjudicadas por la naturaleza, relegadas a un segundo término” (*Psicoanálisis Aplicado*, Alianza, p.37). A esto agregamos que la mujer ha internalizado su sentimiento de inferioridad con respecto al hombre a tal punto que hace responsable a la naturaleza de su complejo, lo que demuestra la dificultad que ella tiene para superar el problema de su sumisión al hombre. En Jiang Qing se hace bastante

evidente la forma como ella fue afectada por este conflicto. Es indudable que tuvo una fuerte conciencia del rol de “segunda” y de “la otra” a las que su cultura obligaba. Es por ese deseo de ser libre que “la furia” se apodera de ella (recordemos que las furias de la mitología antigua eran figuras de la noche que vengaban y hacían justicia a las mujeres que eran atropelladas y ofendidas).

“Una mujer sabe que si su lugar sobre la tierra es el que es, al poder del hombre se lo debe” (p. 71).

Esta frase tan dura y definitiva nos muestra de qué manera Jiang Qing ha interpretado lo que para la filosofía china es la justa relación entre lo masculino y lo femenino. En *El Libro de las Mutaciones I Ching* aparece definido el principio Yin, o femenino como “lo receptivo, lo blando, lo pasivo, lo abierto, lo femenino.. su calidad es la entrega ferviente... está bajo la guía del Yang (principio masculino), recibe su estímulo” (esto lo dice el segundo hexagrama del I Ching).

Jiang Qing desde muy niña se acostumbró al atropello del cual es víctima la mujer cuando no acepta ser sumisa, obediente y entregada al hombre. Encuentra demasiado injusto delimitar las cualidades femeninas y masculinas si en tal reglamentación la balanza se inclina a darle el derecho al hombre sobre la mujer:

“Haber encarnado la Nora de Ibsen había hecho que me eligieran para algunos papeles de mujer “nueva”, en los que yo le decía las cuatro verdades al Yang” (p. 35).

Una jovencita china que se revela frente al poder de lo masculino en los años veinte es casi imposible de pensar. Tan imposible como llamarse “Manzana azul” para cometer la osadía de convertirse en actriz de teatro y cine en el Shanghai de los años treinta. Más adelante, cuando Jiang Qing se une a la lucha popular liderizada por Mao, adoptará el nuevo apodo de “Afluente azul” y será esta, la camarada “Afluente Azul”, la que logra convertirse en la tercera esposa del Zhuxi Mao y quien pague más adelante por la ambi-

ción de querer ser la Nora de Casa de Muñecas en China y la Reina Cristina del imperio:

“Casa de Muñecas y las obras de Lenin fueron mi verdadero despertar” (p.25)... “por la noche tomo el candelabro y voy de una habitación a otra como lo hizo la Garbo en La Reina Cristina (p.244).

Pero analicemos ahora si fue necesario llegar hasta el extremo de competir con Mao y pretender gobernar detrás de él para reivindicar al débil Yin frente al poderoso Yang, y lograr con esto la igualdad de condiciones de los dos sexos. Veamos si detrás de toda esa lucha por alcanzar la libertad individual, intelectual y sexual, se encuentran en Jiang Qing sentimientos que nos expliquen, en una forma más profunda, su exceso de ambición y, lo que es más grave, su impresionante sed de venganza (la cual alcanzó al propio pueblo chino, o sea, a sus mil trescientos millones de habitantes). Porque recordemos que Jiang Qing logró obtener un poder tan grande en China que muchos de sus planes políticos lograron ejecutarse durante el gobierno de Mao. Y finalmente, veamos si Jiang Qing llegó a disponer de China para lograr sus propósitos de poder o si, al contrario, lo hizo convencida de que su país debía recuperar, entender y valorar el camino de salvación que “el padre Mao” había encontrado para ellos, por lo cual se empeñó en hacer de los chinos un solo chino, del pensamiento de Mao un solo pensamiento y de la revolución cultural un único concepto de vida humana:

“Desesperados al verme prohibir todo aquello a lo que se aferraban en su nostalgia por el pasado, se apartaban cada vez mas del “pensamiento maozedong” (p.180).

La mentalidad virginal no admite pluralidad de la naturaleza humana, está convencida de que existe una sola vía, una sola verdad, un solo poder en el mundo. Es quizás debido a este purismo excesivo que podemos imaginar a Jiang Qing en prisión, aceptando su destino sin quebrantar su moral, entendiendo el papel de víctima que le tocó jugar en la historia e insistiendo en la

importancia de sus reformas políticas y sociales: “¡Tenemos razón al rebelarnos!”[#] gritó Jiang Qing cuando oyó su sentencia a cadena perpetua:

“...no dejo de gritar, frenándome los pies, aferrándome mientras tiran de mí. Exhalo y exalto tu alma, Dragón rojo, en medio de este clamor en el que mi voz ha recuperado su fuerza y su juventud...” (p.258).

3. El pasivo Yin se enfrenta con el Dragón Rojo

“Liberadme, jueces inmundos. Liberadme de mi propio veredicto. La verdadera víctima soy yo, esposa de Mao” (p.249 y 251).

En el relato de Jiang Qing continuamente encontramos dos elementos simbólicos a los cuales ella acude para justificar su conducta y expresar su malestar anímico. Son el *bambú* y la *rueda*. En cuanto al bambú lo describe como “un relámpago blanco, cegador, resplandor pálido. Un gran rayo que crispa y ciega” (p.11). De la rueda dice: “Mi padre me acorralaba aún más de prisa que una rueda. Rueda de madera en el suelo (...) pulida bajo el agua, saltarines instrumentos de tortura” (p.12).

Las primeras referencias a la rueda y el bambú las hace Jiang Qing cuando evoca su infancia con imágenes de contenidos bastante claros con relación a lo que estos objetos significaron en su vida. Un ejemplo es el recuerdo que ella tiene de su nacimiento, donde se muestra la violencia de la cual se sintió objeto. Jiang Qing describe ese momento como una acto de brutalidad sobre su cuerpo (el primer objeto de violencia):

“Según la costumbre, aún húmeda por el caparazón que me alimentó, me colocaron en el suelo durante doce horas por ser una chica consagrada al Yin, a lo que es bajo, pasivo, frío” (p.12).

[#] *Consigna de la revolución cultural*. p. 258

Esta manera —incomprensible para nosotros— de consagrar a la hembra recién nacida a la tierra receptiva —costumbre que obligaba a la familia a colocar a la pequeñita en el suelo y dejarla allí en contacto con la tierra húmeda por espacio de doce horas— se constituyó para Jiang Qing en el primer acto violento ejercido sobre ella en su periodo de infancia y adolescencia lo cual le costaría una debilidad orgánica permanente, una tuberculosis y un cáncer prematuro. Esto es tan cierto que se dice que los primeros veinte años al lado de Mao, Jiang Qing los pasó en buena parte en cama, en hospitales y en tratamientos muy dolorosos para curarla de su diversas enfermedades, entre las cuales estaba el cáncer.

En su estudio sobre la personalidad de Leonardo Da Vinci, Freud nos dice que los recuerdos infantiles evocados mucho tiempo después «aparecen deformados, falseados y puestos al servicio de tendencias ulteriores, de manera que no resultan estrictamente diferenciables de la fantasía» (*Psicoanálisis del Arte*, Alianza, p. 25). No sabemos en qué momento de su vida Jiang Qing hace la versión del recuerdo de su nacimiento para convertirlo en un acto sádico y animal. En todo caso, sabemos que, por un lado, la cultura china parte de los principios de oposición Yin y Yang y que determina por medio de ellos las distintas cualidades de la naturaleza masculina y femenina. Por esta razón han existido en China costumbres sociales y religiosas que enseñan a los chinos a mantener bien marcadas estas diferencias, ya sean o no conscientes de ello. Es de suponer entonces que recibir a una criatura Yin haciendo uso de la costumbre de dejarla desnuda en contacto con la tierra a la cual pertenece por tradición, es un acto de agradecimiento, o de reconocimiento a la vida y sus leyes cósmicas. Sin embargo, observamos cómo para Jiang Qing la interpretación de este rito de nacimiento es muy distinta. Ella lo convierte en un acto de vejación a la mujer:

“Ese sexo odiado que me dio la vida para trasformarla en este Infierno de rueda y bambú” (p. 13).

O lo que es más claro, el infierno lo gana por el hecho de haber sido mujer. Ahora bien, debemos tomar en cuenta que seguramente el bautizo de Jiang

Qing debió de ser realizado en condiciones bastante primitivas, en cuanto su familia, que era de gran pobreza, vivía en un pueblo de la provincia de Schandong, al borde del Mar Amarillo, como sirvientes de una de las familias de la aristocracia local. Y es probable que las tradiciones se cumplieran sin tomar en cuenta las condiciones humanas, ambientales, sanitarias, etc.

Si esto es así, está bastante claro que dejar desnuda a una recién nacida en el suelo frío por doce largas horas llega a ser, aún sin ser reconocido, un acto de absoluta violencia contra un organismo que comienza a luchar por vivir. Imaginemos a ese cuerpecito que viene de estar protegido por el calor del vientre materno en contacto directo con un suelo frío. Sabemos que el frío aplicado tan directamente y por tanto tiempo sobre el cuerpo le quita al organismo su energía vital (el Ki de los chinos) y lo expone a cualquier enfermedad. Por dar un ejemplo, se ha comprobado que el yeso usado para curar fracturas o desviaciones óseas debilita a tal punto la parte enyesada que se recomienda que una vez que la zona enferma quede libre del yeso se tomen todas las precauciones para evitar que vuelva a dañarse, y esto es porque la zona ha estado sometida a la inacción y a la frialdad del yeso durante el tiempo de tratamiento, es decir, ha permanecido sin calor ni energía. Esta sensación del frío dentro de su cuerpo llegó a atormentar a Jiang Qing toda su vida:

“Odio al frío como un enemigo personal, por ello el tratamiento de refrigeración que me aplicaron en Moscú me fue imposible de soportar” (p.173).

Este primer frío unido a los fríos de la miseria que debió pasar en su infancia y su juventud (“mientras mis dientes castañeaban bajo mi manta raída” p.22) fueron interpretados por Jiang Qing como una humillación a la mujer:

“La civilización, la historia, la cultura, los reinados, las guerras, ... ¿ con qué podría identificarse en 1928 una pequeña campesina china muerta de hambre? No sólo como pueblo o como pobre, sino como mujer criatura del Yin?” (p.22).

Predispuesta en cuanto a la subestimación sexual y social que le dispensaba a las mujeres su cultura, Jiang Qing reclama: Mi madre había olvidado la diarrea que eso me costó. (p. 12). Esta frase es un reclamo a la madre por su sumisión a las reglas. ¿Por qué no pudo prever las consecuencias que aquellas le traerían a la salud de su hija?

El inicio de Jiang Qing en este mundo fue intensamente doloroso y sin lugar a dudas traumático. Fue para ella un atentado contra su Individualidad (el rito colectivo por encima de la integridad del individuo) y contra su cuerpo femenino (a la mujer se la entrega al Yin).

A este recuerdo se le une otro más delicado y complejo: el padre de Jiang Qing, carpintero, especialista en construir ruedas —de allí la *rueda* de sus sueños— ejercía el rol de padre Yang con gran severidad y violencia. Maltrataba físicamente, tanto a su hija como a su esposa, con varas de bambú “los relámpagos blancos cegadores”. Imponía su poder de varón atropellando física y moralmente a sus mujeres: “El bambú cruje, crujen los golpes relámpagos. Blanco. Rojo”. (p. 12). El testimonio que ofrece Jiang Qing de estos maltratos en su relato evidencia la forma tan rencorosa con que ella vivió esa vergonzosa etapa de su vida, en la cual la relación con el padre se definió como víctima y verdugo. Aún en su celda y a los 66 años llega a confesar:

“En mis sueños, pesadillas de la nubilidad, sueños de agotamiento junto a Mao, mi padre me acorrala aún más de prisa que una rueda” (p. 12).

Jiang Qing aprendió con su padre el ejercicio del poder del hombre sobre la mujer, el dominio del padre sobre la hija, del señor sobre la súbdita del esposo sobre la esposa, que su cultura imponía. Pero la personalidad de Jiang Qing se rebela desde muy niña frente a esta arbitrariedad de lo masculino. Y con la rebeldía queremos completar este recuerdo de infancia que llegó a ser tan determinante en la actuación política de “Afluente Azul”, la mujer de Mao. Ella reconoce que su padre “era un psicópata” (p. 20) al que “la miseria había convertido en un perro rabioso” (p. 14).

Nos cuenta Jiang Qing que un día siendo niña, durante la famosa Fiesta de los Faroles que se celebra en toda China, trata de defender a su madre que era golpeada, como tantas otras veces por su padre, pero en esa ocasión la madre, cansada de tanto maltrato, decide dejar al marido: “Me ató a su espalda con unas cintas, como un cesto o una vasija y abandonó a mi padre para siempre” (p. 20). No es difícil imaginar los terribles momentos que debieron vivir de allí en adelante la madre con su hija. Jiang Qing relata que estuvo tan mal alimentada que “mi sistema digestivo, deteriorado ya por el rito de acostar a una recién nacida sobre la tierra desnuda, ha sufrido las consecuencias hasta la madurez” (p. 20). Este será el tiempo en que Jiang Qing debe enfrentarse a la vida y defenderse como sea posible de la miseria y sus fantasmas. Sólo que para ella fue una cuestión no sólo de subsistencia, como lo fue para su madre, sino de independencia y de liberación: “frente al bambú y la rueda quise la libertad, y ésta solo pasaba por el camino del poder” (p. 14). Necesitaba ser libre y superar con la libertad su destino histórico. Todo menos aceptar una vida sometida a la familia y la pobreza. Para lograr esto debió desterrar de su imaginación infantil a los fantasmas y dragones “que en cuanto llegué al poder me apresuré a expulsar de la escena china” (p. 20).

Aquí ya vemos cómo, para no hundirse, Jiang Qing comienza por impedir que la dominen las debilidades propias del Yin. Pero aun cuando se cubrió con una armazón de guerrera invencible, las cicatrices de las humillaciones recibidas en su infancia quedaron marcadas en su cuerpo, convirtiéndolo en el punto débil y enfermo al cual poco pudo fortalecer o recuperar sino sólo mantener a duras penas.

Únicamente el *Dragón Rojo*, Mao Zedong el “el padre” de la Nueva China, el gran dragón que asumió para sí los miedos y las fantasías de su pueblo, pudo ser elegido por Jiang Qing para alcanzar el poder y lograr vencer de esa manera sus propios temores, asegurarse su independencia y vengar la injusticia de los sexos: “Inclinada ante su sombra maciza esperé la hora” (p. 88). Pero Jiang Qing, que acepta vivir bajo la sombra de Mao hasta la preparación y puesta en marcha de la Revolución Cultural en 1963, sacrifi-

ca su posible reivindicación como ser Yin, bajo y servil, para competir con el poder Yang y usarlo como medio de venganza. “...puedo cometer injusticias, pues se han cometido conmigo. ..la vida me debe una compensación” dijo Freud con respecto a Ricardo III de Shakespeare.

De esta manera Jiang Qing garantiza un futuro de libertad y se propone ser la emperatriz detrás del emperador y hace de él el Yang más severo y cruel de todos al proponerle a Mao la aventura de la Revolución Cultural, en la cual Jiang Qing toma el poder en sus manos y comienza poco a poco, paso a paso, cabeza a cabeza su apasionada venganza: “seré como el mármol, no habrá nadie que acabe con mi resistencia” (p. 37). Desde esta perspectiva el *animus* negativo de Jiang Qing la posee y, en consecuencia, debilita su sensibilidad femenina. Esta dura severidad la llevó a tomar una inflexible e impositiva postura consigo misma y con los demás.

Esther Harding, analista jungiana, dice que “el padre da al *animus* de su hija convicciones indiscutibles, verdaderas”. Atrapada dentro de la imagen de su padre, Jiang Qing comienza una enfermiza lucha por el poder, llena de maniobras y actos despóticos que muestran una infrenable proyección de autocastigo:

“... adopté el traje tubular de cuello recto y el pantalón de la misma tela gris, que, junto a la gorra, se convertirían en mi uniforme durante los años venideros” (p. 155).

Jiang Qing sabía por su propia experiencia que el poder se ejerce a expensas del pueblo. Ella lo sabe bien, pues nació pobre y mujer a un mismo tiempo y supo sufrir las consecuencias que trae esa doble condición. Sí ella dio el paso de la rebeldía en contra de este orden y aspiró al poder para alcanzar la libertad deseada, no pudo, sin embargo, dar el segundo paso para su verdadera independencia, aquél que se obtiene concientizando el trauma y la vergüenza a través de una superación de los injustos valores de dominación del fuerte sobre el débil, o dicho mejor, liberando a los verdaderos fantasmas sin intentar eliminarlos, sino cambiándolos por otros me-

nos malignos que aquellos que conoció en la infancia. Pero Jiang Qing fue en esto drástica y definitiva:

“...para ser a un mismo tiempo mujer y libre había que estar muerta. O ser emperatriz. Yo quise vivir” (p. 72).

De esta heroica forma “Afluente Azul” elimina a Jiang Qing para siempre, aquella pobre jovencita china que castañeaba los dientes de frío en un cuarto inmundo de Shanghai o de Beijing. Una mujer de deseo subyugada por el gran Yang de su cultura, desatento y temeroso del pequeño Yin que encuentra en el poder una vía única para defenderse y atacar en revancha. Convencida (su padre la convenció) de que la vida es de los fuertes, ella está dispuesta a ser uno de ellos.

Dice Foucault que en la prisión el poder se manifiesta en sus dimensiones más excesivas y se justifica moralmente. Jiang Qing lo sabe bien, por eso actuó sin piedad con sus enemigos, políticos y personales, incluyendo a Teng Hsia-ping, a quien humilló en forma vil durante la revolución cultural. Luego, recluida en prisión, hasta su muerte, sola y mujer al fin y como siempre, pudo recibir de la “justicia” un castigo, a pesar de que, al final, logró burlarlo quitándose la vida.